

2012

Año de Unamuno

Fernando Carratalá Teruel

Miembro de la Junta de Gobierno del CDL-Madrid

Diversas instituciones salmantinas, encabezadas por el Ayuntamiento, rinden homenaje a Miguel de Unamuno con motivo del 75 aniversario de su fallecimiento

Unamuno es el escritor de *mayor expresividad ideológica* de la Generación del 98. Enemigo del formalismo afectado, «lucha» con el lenguaje intentando doblegarlo para convertirlo en el instrumento idóneo que sirva de vehículo de expresión a su pensamiento –tan contradictorio, tan crítico, tan dramático–; lo que le lleva a un difícil conceptismo con el que en ocasiones rebasa los límites habituales de la expresión.

BREVE SEMBLANZA BIOBIBLIOGRÁFICA

Miguel de Unamuno nace en Bilbao, en 1864 (29-IX). Obtuvo la cátedra de Griego de la Universidad de Salamanca, de la que fue nombrado Rector en 1901, y destituido más tarde por motivos políticos. Durante la Dictadura del General Primo de Rivera fue desterrado a la isla de Fuerteventura –1924–, de donde huyó para refugiarse en Francia. Vuelto a España en 1930, ocupó de nuevo el Rectorado de la Universidad de Salamanca. Murió en esta ciudad el último día de 1936.

Unamuno fue hombre de temperamento batallador, en continua lucha consigo mismo, debatiéndose entre ideas contradictorias, sin hallar paz; y en lucha también con los demás, en un afán por sacudir las conciencias de las muchedumbres tranquilas para que viviesen en angustiosa inquietud ante los problemas fundamentales: «Hay que provocar descontento, hay que agitar los espíritus, hay que suscitar cuestiones, preguntas, dudas. Tiene que despertar de su modorra espiritual el pueblo español» –dice Unamuno.

La producción de Unamuno es extensa, y abarca todos los géneros –ensayo, periodismo, crítica, novela, teatro, poesía...–. Sin embargo, toda ella gira en torno a dos ejes temáticos: el sentido de la vida humana y su destino –esto es, el problema de su inmortalidad–, y la preocupación por España. Unamuno se debatió en una permanente contradicción entre el sentimiento, que necesita de la idea de Dios, y la razón, que conduce al escepticismo; y en esa permanente pugna entre el ansia vital de inmortalidad que la fe sostiene y el escepticismo racional radica la auténtica vida religiosa. Sus dos gran-



des libros sobre estos temas llevan por título *Del sentimiento trágico de la vida* (1913) y *La agonía del Cristianismo* (1925) –título en el que la palabra *agonía* está tomada en su sentido etimológico de *lucha*–. Otro tema de capital importancia en muchos de los ensayos de Unamuno es el de España. Hasta 1900, aproximadamente, se mostró partidario de una regeneración del país basada en la apertura a Europa –los ensayos agrupados bajo el título *En torno al casticismo* (1895) proclaman su inicial entusiasmo por la cultura europea–; pero después de una fuerte crisis espiritual, propugna la españolización de Europa, transmitiéndole nuestro sentido religioso de la vida– *La Vida de don Quijote y Sancho* (1905) es, precisamente, una personalísima interpretación de la obra cervantina, en la que don Quijote aparece como símbolo del espíritu español y permanente modelo de idealismo, frente al racionalismo europeo.

Entre sus novelas –que Unamuno llama *nivol*as, opuestas a la estética realista– destacan *Niebla* (1914), *La tía Tula* (1921) y *San Manuel Bueno, mártir* (1933). En cuanto a las obras dramáticas, de interés humano pero de recursos escénicos muy rudimentarios, destacan *Fedra*, *Sombras de sueño* y *El otro*. La cumbre de su obra lírica está representada por el extenso poema «El Cristo de Velázquez» (1920).

El estilo de Unamuno se caracteriza por su viveza y expresividad. Sabe extraer de las palabras todas sus posibilidades semánticas, y su prosa, repleta de paradojas y antítesis –en la línea de su temperamento–, alcanza una extraordinaria intensidad afectiva.

TRES TEXTOS DE UNAMUNO

Texto 1. Unamuno, «viajero patriota»

[*Las excursiones como manifestación de amor a la patria*]

Siempre que oigo del ardiente patriotismo de Castelar, de aquel culto apasionado que profesó a España –¿quién sabe si por eso permaneció célibe, por no distraer ese amor con otro?–, se me ocurre que aquel hombre, aquel gran español, fue uno de los que mejor conocieron de vista su patria, de los que más viajaron por ella. Apenas hay rincón adonde vaya, lugarejo que retenga algo de historia o de leyenda, en que no oiga decir: aquí estuvo Castelar. Apenas hay álbum de esos que se ponen en monumentos y lugares curiosos en que la firma de Castelar no aparezca.

Otro hombre que entre nosotros tuvo también esta pasión fue Cánovas. Cuando fui a visitar la antiquísima iglesia de San Pedro de la Nave, a unos veinte kilómetros de Zamora, en la hoz del Esla, lugar desconocido y remoto, me encontré con que había estado allí Cánovas.

Para conocer una patria, un pueblo, no basta conocer su alma –lo que llamamos su alma–, lo que dicen y hacen sus hombres; es menester también conocer su cuerpo, su suelo,

su tierra. Y os aseguro que pocos países habrá en Europa en que se pueda gozar de una mayor variedad de paisajes que en España. Costas llanas y bravas de rocosos acantilados, vegas y llanuras, páramos desiertos, montañas verdes y sierras bravas..., de todo, en fin.

Pero es preciso salirse de las grandes rutas ferroviarias por donde circulan los turistas deportivos, *Baedeker* en mano, que no saben dormir, ¡pobrecillos!, sino en cama de hotel, ni saben comer sino con una cualquiera de esas infinitas aguas embotelladas que tienen perdido el estómago a todos los tontos, y una comida internacional, que es la peor de las comidas. Para estos desgraciados, unas horas de diligencia, de carro, a caballo, en burro, y nada digo a pie, son el peor tormento. Esos pobres jamás conocerán el mundo. [1]

Aclaraciones referidas al «contexto del texto». **Emilio Castelar y Ripoll** (1832-1899). Ocupó la presidencia del poder ejecutivo en la época previa a la disolución de la I República. **Antonio Cánovas del Castillo** (1828-1897). Jefe del partido liberal-conservador, participó activamente en la restauración de la monarquía borbónica –Isabel II había sido destronada en la Revolución de Septiembre de 1868–, en la persona de Alfonso XII. **Baedeker**. Familia de libreros editores alemanes. Karl Baedeker publicó varias guías de viajes traducidas en toda Europa. Con su hijo Friedrich Baedeker al frente de la empresa, en 1898 se editó por primera vez la *Guía de España y Portugal*.

Localización del texto. El texto forma parte del relato de una correría que Unamuno hace con unos amigos por tierras de Ávila, faldeando la brava sierra de Gredos. Pero la información –de la que hemos prescindido– que Unamuno ofrece resulta insuficiente para hacerse una idea de la geografía de los lugares visitados: el contacto con la naturaleza no le mueve a describirla, sino que le da pie para efectuar reflexiones más o menos filosóficas. Interesa no tanto lo que Unamuno contempla, cuanto los pensamientos que tal contemplación suscitan; el fluir de las ideas que se agolpan en su mente, más que el lenguaje en que se expresan, por lo demás carente de toda preocupación retórica, y de una sorprendente capacidad comunicativa.

Asunto y tema del texto. Exalta Unamuno en el texto el «valor patriótico» de los viajes que se realizan dentro de la propia patria, por el deseo de conocerla mejor. Y, para ello, opone dos tipos de viajeros: los que, convirtiendo las excursiones en una manifestación de amor y apego a la patria buscan conocer directamente los lugares más legendarios o curiosos y los monumentos de mayor interés, aun cuando sean de difícil acceso; y los que viajan anteponiendo su comodidad personal a los posibles «sacrificios» que implica el conocimiento a fondo del suelo patrio, y que enseñan a quererlo. Como ejemplo de viajeros infatigables cuyas excursiones reflejan un

profundo amor a España cita Unamuno a los políticos Castelar y Cánovas; y como ejemplo de viajeros necios, a los «turistas deportivos» –el adjetivo está cargado aquí de connotaciones peyorativas– que, ante la posibilidad de sufrir incomodidades de alojamiento y locomoción, renuncian a visitar rincones llenos de historia, de leyenda, de poesía..., incapaces de sentir esa hermandad con la tierra, con las hermosuras y maravillas del suelo patrio, capaces, por sí mismas, de despertar un amor apasionado.

Estructura del texto. Toda la estructura del texto está precisamente montada para recalcar la idea que Unamuno tiene de las excursiones que se realizan dentro de la propia patria: *enseñan a quererla*. Y así, Unamuno organiza el texto en tres partes, repartidas en cuatro párrafos. Integran la primera parte los dos primeros párrafos, en los que se nos muestra el espíritu viajero de Castelar y de Cánovas, que les llevó a conocer una gran parte de los pueblos y ciudades de España, y a través del cual manifestaron el profundo amor que por ella sentían. La segunda parte coincide con el tercer párrafo del texto, y en ella explica Unamuno lo que significa realmente para él conocer una patria, un pueblo: adentrarse no sólo en los aspectos etnológicos, sino también en los geográficos, en su «realidad física»; y, como si incitara al lector a recorrer España, pasa revista a la variedad y hermosura de sus paisajes. Y en la tercera parte –cuarto y último párrafo del texto–, recoge Unamuno lo que, a su juicio, no es conocer una patria: viajar en plan «turista deportivo», ajeno a las bellezas de unos paisajes que hay que visitar con algo de esfuerzo personal y mucho de amor, y sin olvidar –como nos dice unas líneas más arriba del texto que aquí se ha reproducido– que «las cosas hacen la patria tanto o más que los hombres».

Esquemáticamente, la estructura del texto –su entramado ideológico– podría representarse, pues, de la siguiente manera: espíritu patriótico de Castelar, gran conocedor del suelo patrio (párrafo 1); Cánovas, viajero también infatigable (párrafo 2); conocimiento patrio: aspectos etnográficos y geográficos (párrafo 3.1.); variedad y belleza de los paisajes españoles (párrafo 3.2.); necesidad del «turista deportivo» (párrafo 4).

El espíritu de Unamuno, en el texto. Refleja el texto algunos detalles de la personalidad de Unamuno que no quisiéramos que pasaran desapercibidos. Así, la generosidad de ánimo que supone juzgar a las personas no tanto por su ideología política cuanto por las acciones que llevan a cabo: Castelar y Cánovas son hombres de convicciones políticas muy opuestas –aquél, republicano; éste, monárquico–; y Unamuno les reconoce a ambos el mismo talante patriótico, en cuanto que convirtieron sus viajes por España –para conocer su «intrahistoria» (vocablo acuñado por Unamuno, que designa la vida tradicio-

nal, que sirve de fondo permanente a la historia cambiante y visible)– en una manifestación de amor hacia ella. Con todo, las simpatías de Unamuno parecen decantarse más hacia Castelar, sin duda más acorde con su ideología política.

Tampoco escapará al lector la presentación que hace Unamuno de la variedad de paisajes que España ofrece para nuestro gozo, probablemente sin parangón en ningún otro país europeo. Toda España, de Norte a Sur y de Este a Oeste, está recogida en este sugestivo párrafo: «Costas llanas y mansas y costas bravas de rocosos acantilados, vegas y llanuras, páramos desiertos, montañas verdes y sierras bravas..., de todo, en fin». Las correrías de Unamuno por las faldas de Gredos –y a través de la montaña cántabra, que relata en el capítulo «Excursión», cuya lectura completa recomendamos– le permitieron disfrutar de muchos de esos paisajes.

La elocución. Con independencias de que el párrafo dedicado a Castelar duplique en extensión el que destina a Cánovas, se hace en aquél uso de un léxico fuertemente connotativo («ardiente patriotismo», «culto apasionado que profesó a España», «aquel gran español»), así como de una expresión excesivamente hiperbólica («quién sabe si permaneció célibe por no distraer su amor a España con otro», «aquel hombre fue uno de los que mejor conocieron de vista su patria, uno de los que más viajaron por ella»; Castelar estuvo en casi todos los lugares histórico-legendarios de nuestra geografía y su firma aparece en el libro de visitas –para viajeros ilustres– de casi todos los monumentos y lugares curiosos). De Cánovas se limita Unamuno a decir que también tuvo esta pasión»; y como ejemplo de su talante viajero –y, por tanto, de amor a su patria–, nos da testimonio de su presencia en la iglesia de san Pedro de la Nave, «lugar desconocido y remoto» cuando escribía Unamuno, y hoy de fácil acceso y obligada visita para admirar –en el paraje denominado El Campillo– una de las joyas arquitectónicas más emblemáticas del arte visigodo español.

Finalmente hemos de destacar el poco aprecio –más bien el enérgico desprecio– que Unamuno siente hacia los viajeros que no son capaces de «hacer patria» en sus excursiones, y que se refleja en los adjetivos que les dedica en el último párrafo del texto: *pobrecillos* –durmiendo sólo en cama de hotel–, *tontos* –que comen con con agua embotellada, y comida internacional–, *desgraciados* –incapaces de bajarse del tren y emplear medios de locomoción incómodos–; en una palabra: *pobres* –de espíritu– que «jamás conocerán el mundo». Naturalmente, Unamuno no critica tanto los viajes en cómodos ferrocarriles y el alojamiento en buenos hoteles, cuanto la necesidad que supone no renunciar a ellos si es necesario trasladarse a lugares que, por simple

cuestión de patriotismo, es necesario conocer. «A quien algo quiere algo le cuesta» –decía Unamuno–; y las gentes enmollecidas son lo más opuesto al temperamento de Unamuno.

Texto 2. La exaltación lírica del paisaje

[Descripción, desde una óptica subjetiva, del paisaje de Castilla, cuya austeridad y dureza influyen decisivamente en el espíritu castellano]

Recórrense a las veces leguas y más leguas desiertas, sin divisar apenas más que la llanura inacabable donde verdea el trigo o amarillea el rastrojo, alguna procesión monótona y grave de pardas encinas, de verde severo y perenne, que pasan lentamente espaciadas, o de tristes pinos que levantan sus cabezas uniformes. De cuando en cuando, a la orilla de algún pobre regato medio seco o de un río claro, unos pocos álamos, que en la soledad infinita adquieren vida intensa y profunda. De ordinario anuncian estos álamos al hombre: hay por allí algún pueblo, tendido en la llanura al sol, tostado por este y curtido por el hielo, de adobes muy a menudo, dibujando en el azul del cielo la silueta de su campanario. En el fondo se ve muchas veces el espinazo de la sierra y, al acercarse a ella, no montañas redondas en forma de borona, verdes y frescas, cuajadas de arbolado, donde salpiquen al vencido helecho la flor amarilla de la árgoma y la roja del brazo. Son estribaciones huesosas y descarnadas peñas erizadas de riscos, colinas recortadas que ponen al desnudo las capas del terreno resquebrajado de sed, cubiertas cuando más de pobres hierbas, donde solo levantan cabeza el cardo rudo y la retama desnuda y olorosa... [2]

Un paisaje «noventayochista». Este breve texto unamuniano pone de manifiesto un rasgo general de la estética noventayochista: *el subjetivismo*; un subjetivismo que explica el lirismo que impregna muchas de las páginas de estos escritores, especialmente cuando transmiten sus visiones del paisaje, y en las que resulta difícil separar lo realmente visto de la manera de verlo, cuánto hay de realidad y cuánto de sensibilidad; un paisaje del que les atrae su austeridad, su reciedumbre, su capacidad de sugerir algo más de lo que captan los sentidos. En este sentido, llama la atención la eficacia de la adjetivación elegida por Unamuno para insistir en la aspereza del paisaje que describe, así como el vigor vigor descriptivo de la metáfora «el **espinazo** de la sierra» con que recalca la dureza de las montañas, «estribaciones **huesosas** y **descarnadas** peñas erizadas de riscos». Tras establecer un fuerte contraste entre las montañas del Norte y las sierras castellanas, Unamuno concluye el fragmento reproducido con unos extraordinarios efectos sonoros que contribuyen a resaltar la dureza del paisaje castellano: la sucesión de sonidos evoca esa sonoridad áspera, en consonancia con la dureza del contenido conceptual expresado.



Texto 3. La técnica del retrato

[Descripción de Manuel Bueno]

De nuestro Don Manuel me acuerdo *como si fuese de cosa de ayer*, siendo yo niña, a mis diez años, antes de que me llevaran al Colegio de Religiosas de la ciudad catedralicia de Renada. Tendría él, nuestro santo, entonces unos treinta y siete años. Era alto, delgado, erguido, *llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta*, y *había en sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago*. Se llevaba las miradas de todos y tras ellas los corazones, y él al mirarnos parecía, *traspasando la carne como un cristal*, mirarnos al corazón. Todos le queríamos, pero sobre todo los niños. ¡Qué cosas nos decía! Eran cosas, no palabras. Empezaba el pueblo a olerle la santidad; se sentía lleno y embriagado de su aroma. [3]

La técnica descriptiva empleada por Unamuno. Efectúa Unamuno –por boca de Ángela Carballino– la descripción de Manuel Bueno, párroco de la aldea de Valderne de Lucierna, perteneciente a la diócesis de la imaginaria ciudad de Renada; descripción que se basa en el empleo de contundentes adjetivos –Don Manuel era *alto, delgado, erguido*–, en ocasiones enormemente sugerentes –el pueblo se sentía *lleno y embriagado* de su aroma–; y también de originales comparaciones y de un lenguaje metafórico de gran expresividad. Todas las imágenes del texto se han recalcado en cursiva, a fin de poder reparar, en su lectura, en esa fuerza expresiva tan característica del estilo de Unamuno.

NOTAS

- [1] Miguel de Unamuno: Fragmento de «Excursión». De *Por tierras de Portugal y España*. Pozuelo de Alarcón (Madrid), editorial Espasa-Calpe. Antigua colección Austral, núm. 221.
- [2] Miguel de Unamuno: *En torno al casticismo*. Pozuelo de Alarcón (Madrid), editorial Espasa-Calpe, 2001. Nueva colección Austral, núm. 234.
- [3] Miguel de Unamuno: *San Manuel Bueno, mártir*. Madrid, editorial Castalia, 1991, 2.ª edición. Colección Castalia Didáctica, núm. 5.